

**THOMAS  
BURNETT SWANN**

**LA MANSION  
DE LAS ROSAS**



Como ha dicho Theodore Sturgeon, Thomas Burnett Swann —viajero, investigador y escritor británico— posee una prosa «llena de magia y belleza, al margen de modas y tendencias», con la que, en la línea de Tolkien, narra sus «cuentos de hadas» a un auditorio contemporáneo. Unos cuentos de hadas que no se limitan a reproducir viejos esquemas, sino que suponen una aproximación lúcida a ciertos mitos y planteamientos que el hombre actual cree, un tanto fatuamente, haber dejado atrás.

Situada en la Inglaterra inmediatamente posterior a Ricardo Corazón de León, cuando en los bosques todavía resuena el nombre de Robin Hood, *La mansión de las rosas* cuenta el sanguinario enfrentamiento de hombres y mandrágoras, y las extraordinarias aventuras de dos muchachos y una joven que se dirigen a Londres con la idea de marchar a las Cruzadas.

## PRESENTACIÓN

Hace ya nueve años, en nuestra segunda selección de ciencia ficción publicamos un delicioso relato de Thomas Burnett Swann, viajero, investigador y escritor británico, probablemente el más prestigioso cultivador de la narrativa histórico-legendaria en la actualidad.

El relato en cuestión se titulaba precisamente *La Mansión de las Rosas*, y es posible que algunos de nuestros lectores asiduos aún lo recuerden, ya que no es una narración fácil de olvidar, ni siquiera después de tantos años: situada en la Inglaterra inmediatamente posterior a Ricardo Corazón de León, cuando en los bosques todavía resuena el nombre de Robin Hood, cuenta el sanguinario enfrentamiento de hombres y mandrágoras, y las aventuras de tres jóvenes que se dirigen a Londres con la idea de marchar a las Cruzadas.

En 1976, el autor fundió este relato con otros del mismo ciclo narrativo en una novela singular y patética, que es la que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

Como ha dicho Theodore Sturgeon, Thomas Burnett Swann posee una prosa «llena de magia y de belleza, al margen de modas y tendencias», con la que, en la línea de Tolkien, narra sus «cuentos de hadas» a un auditorio contemporáneo. Unos cuentos de hadas que no se limitan a reproducir viejos esquemas, sino que suponen una aproximación lúcida y distanciadora a ciertos mitos y planteamientos que el hombre actual cree, un tanto fatuamente, haber dejado atrás.

A la vez que nos devuelve con raro poder de evocación el ambiente —tanto histórico como mitológico— de la Inglaterra medieval, el autor denuncia con eficaz y elegante sencillez la xenofobia, el maniqueísmo, el clasismo, el machismo, el fanatismo, el puritanismo y otros «ismos» que, por desgracia, han perdido bien poca vigencia desde el siglo XIII hasta hoy.

Si, a juzgar por el extraordinario éxito de *El Señor de los Anillos*, hay que suponer que en el «civilizado» hombre contemporáneo está viva la necesidad de recuperar su pasado real y mítico, su historia oscura y sus esclarecedoras leyendas, la obra de Thomas Burnett Swann —y muy concretamente esta desmitificadora novela llena de ternura, poesía y fino humor— merece ser destacada como una contribución del máximo interés a la narrativa fantástica actual.

Carlo Frabetti

## AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar con gratitud la enorme deuda contraída en la redacción de este libro con *A History of Everyday Things In England 1066-1499*, de Marjorie y C. H. B. Quennell, así como con *The Crusades*, de Henry Treece. Con una sola excepción, las canciones citadas en mi relato son versiones modernizadas de poemas líricos anónimos de la Inglaterra medieval. La excepción es la «Canción del Unicornio», que es mía y se reproduce aquí gracias a la autorización de The Wings Press.

T.B.S.

## PRIMERA PARTE - STEPHEN

### I

SOY una mujer de treinta y cinco años, una mujer madura de quien sin embargo se dice, en esta época de sífilis y peste, de muerte temprana y prematura desaparición de la belleza, que sigue siendo tan bella como una de esas vírgenes bizantinas que flotan en el paraíso de un mosaico dorado y que llevan su pena como un manto de pétalos. Pero la pena no es un vestido sino más bien una desnudez, sobre todo para las miradas fisgonas, para esos seres de lengua de urraca que disfrutaban ante el dolor... El feudo reclama un heredero... ¿Quién nos defenderá del bosque invasor, de los ladrones, de las mandrágoras?

Hace once años, cuando corría el año 1202 de nuestra era, Edmundo el Lobo, compañero de armas de mi marido, vino cabalgando a traerme la noticia de su muerte y a entregarme las riquezas que había conquistado antes de morir en batalla como consuelo para su viuda. Digo conquistado pero debería decir robado, en el saqueo de Constantinopla. Ya lo veis, éstos son tiempos en los que los hombres son como jovencitos rapaces y crueles, y están tan dispuestos a matar a un judío, un húngaro o un griego, como a un infiel; tiempos en los que los hombres sólo son felices si tienen en la mano una espada y pueden usarla en nombre de Dios. Ellos dicen que son las Cruzadas. Unos tiem-

pos en los que muchachos que todavía no han crecido lo suficiente para ser el orgullo de sus padres, son los únicos que merecen el nombre de hombres.

Sin embargo yo quise a mi marido, un normando pelirrojo tan alegre como suelen serlo los meridionales y muy distinto de los austeros varones de las tierras del norte. Me gustaba por su alegría, por su pelo del color de los ladrillos romanos, y porque me dejó un hijo.

Pero el código de las Cruzadas posee también, como si fuera uno de los malvados demonios de la sífilis, a los niños. El año pasado, Stephen proclamaba por Francia y Germania el mensaje que según él había recibido de Cristo, mientras Nicholas tocaba su irresistible flauta, y los niños les seguían obedeciéndoles como las mareas obedecen a la luna, y avanzaban como un mar de blancos e immaculados vestidos hacia las playas de ese gran mar que es el Mediterráneo.

A Inglaterra no llegaron más que unos pocos ecos de esta locura. Es posible que nuestros muchachos no sientan inclinación por las visiones, pues al parecer prefieren la caza a las frías naves de las iglesias y las conversaciones con Dios. Pero aunque no afectó a la mayoría, la locura tocó a mi hijo. Se fue a Londres montado en su palafrén ruano, abrigado con un justillo de piel de cordero teñido del amarillo de la flor de la aulaga, ceñido por un cinturón de cuero del que colgaba una bolsa de color cervato en la que tintineaban monedas recién acuñadas. ¡Se fue dispuesto a embarcarse en un navío, ir a Marsella y unirse a Stephen! Pero Stephen y la mayor parte de sus soldados fueron vendidos como esclavos a los infieles, y Nicholas murió de la peste antes de llegar al mar... Mi hijo, con sus quince veranos recién cumplidos, al llegar a Londres fue a las orillas del Támesis en pos de un barco que le llevara al otro lado del Canal de la Mancha y cayó en manos de un bribón que tenía más del doble de su edad. El Diablo, creo yo, había poseí-

do a los niños, había conseguido una hazaña que era como un guantelete que pensaba arrojar al rostro de Dios.

Pero Dios no es ciego. Antes de que transcurriera un año me envió otros jóvenes fustigados por la misma locura: John, un moreno normando; y Stephen, un chico sajón que se llamaba igual que el muchacho francés.

¡Pobre y orgulloso Stephen, cuánto desconfiaste de mí! Yo sólo quería el bien para ti, sólo quería que pudieras atravesar sano y salvo los bosques de tu sueño. Stephen, el muchacho que, acompañado de John, adorado por Miriam, llegó a mí procedente de las tierras de las mandrágoras, de la guarida del Unicornio...

—¡Venid a la feria!

Lo decían igual que hubieran podido decir: «¡Venid a Tierra Santa!»

Stephen había ido a comprar cosas prácticas: lentejas que cocinar y lana que tejer, y también por una rara extravagancia, un pellizco de nardo para su madre, la mujer más bella de aquí a la ciudad de Londres. Pero ¿cuánto no era capaz de regatear, mirar y probar, antes de comprar? ¡Y cómo le gustaba la jarana, cómo disfrutaba su libertad sacudiendo su dorada cabellera y mirando fijamente a una chica!

—¡Ruibarbo y espárragos!

—¡Sedas de Jerusalén!

—¡Espadas de Damasco, más afiladas que las de los infieles!

¡Ah, si hubiera sido tan rico como Ralph el Halcón, el señor del castillo! Los puestos en forma de tienda, brillantes como narcisos, se alineaban bajo la amplia y protectora sombra de la muralla. Habían venido mercaderes de Chichester Town, pero también había cruzados que exponían el botín traído a su regreso de Tierra Santa. Pero Stephen, alto, colorado, rubio, y lo bastante guapo para deslumbrar a una princesa sarracena, era simplemente el hijo de un siervo de la gleba. Jamás había realizado ningún viaje más



allá del bosque donde cazaba, y las chicas que eran objeto de su amor sólo parecían princesas en sus sueños.

—Stephen.

La voz que pronunció su nombre era firme aunque no muy potente. El que le llamaba era John, hijo de Ralph el Halcón, que le miraba desde la puerta del recinto y le dirigía una sonrisa tímida y tanteante.

Si en lugar de ser un sajón conquistado Stephen hubiera sido un normando, hijo del pueblo conquistador, hubiera podido llegar a ser amigo de John. Pero era hijo de un vasallo y a su padre le habían cortado las orejas cuando un cordero que había enviado a su señor, el padre de John, produjo a tan temible caballero tal dolor de estómago que se pasó toda una noche haciendo viajes al *garderobe* que había en lo alto de la escalera.

—¡John! ¿No vienes a la feria?

—Mi padre me ha castigado. Tenía un faisán a veinte pasos y fallé. Dice que soy tan torpe como un...

—¿Como un siervo?

—Sí. No te lo quería decir. Tú no hubieses fallado.

—Ni tú tampoco lo hubieras hecho si alguien te hubiese enseñado a apuntar. Yo podría enseñarte, pero...

—Disfruta tú la feria —dijo el muchacho desapareciendo al otro lado del muro.

Se ha evaporado, pensó Stephen. Sacerdote, erudito, poeta: no pertenece a este castillo ni a este pueblo. Sólo el Cielo sería para él un hogar, el Cielo o el Valle de los Unicornios.

De todos modos, había ido a ver la feria, no a John. Ya había mirado todo lo que tenía que mirar y había llegado el momento de comprar. ¿Quién podía aconsejarle sobre el precio de las cosas? Había charlatanes de almibarada lengua que blanqueaban los huesos de un perro y los vendían haciéndolos pasar por reliquias de santos; otros que extraían el jugo de las violetas y fingían que era de nardo. Tenía que encontrar un amigo. Allí, en medio de la muche-

dumbre, vio a Timothy y a Leah. Eran tan viejos como los muros del castillo y los dos usaban bastón, pero eran amigos de sus padres y más listos que los mentirosos y ladrones comerciantes. Había un tipo gordo lleno de verrugas, llamado Michael, que estaba regañando a la hijita de los viejos mientras Rachel, su esposa, asentía aprobadoramente con la cabeza.

—Está demasiado rolliza para ser hija de un villano. Y demasiado sonrosada, ¡Inglaterra está llena de pobres desde que terminaron los tiempos de Ricardo Corazón de León! —decía Rachel—. Demasiado rolliza y rosada, mientras que tú —añadió dirigiéndose a Timothy— no eres más que un pobre mendigo con la espalda encorvada. Creo que tenéis una mandrágora en la familia. ¿No tendríamos que someterla a la prueba?

Los ojos de Timothy desmintieron la calma de su voz cuando a continuación intervino con palabras precisas dichas sin gritar:

—Todo el mundo sabe que vino de la Tierra de las Hadas, cuando perdimos a nuestra Ann durante la peste. Ella logró que mi mujer no enloqueciera. Además, es demasiado obediente para ser hija del Pueblo de la Mandrágora. Casi todas las que lo son, son pequeñas criaturas vanidosas que se pasan el día mirándose al espejo y probándose el último aroma venido de París.

—Rebecca no es una mandrágora —dijo Stephen.

Había acudido en busca de ayuda y empezaba a darla él. Para ocultar su ignorancia, habló en tono airado:

—¿Y tú qué sabes de mandrágoras, jovencito?

—Más de lo que parece —dijo Stephen adoptando el aire de un sacerdote o un erudito, y tratando de dar la impresión de seguridad que proporciona el conocimiento, ya que no podía mostrar la que se adquiere con la edad—. Vinieron del norte, dicen algunos, cuando Ricardo se fue a la guerra y se llevó consigo a sus caballeros. El pueblo de la Mandrágora excava túneles y planta semillas en tierra, y de

ellas salen sus hijos. Y se han multiplicado tanto que hasta los lobos les temen.

—¿Todo eso sabes?

—A veces introducen a sus hijas en familias humanas. Pero nunca lo hacen con sus hijos. Desde el primer momento parecen vegetales. Les llaman también Árboles Acechantes.

—Vaya, qué listo es este joven. Pero yo te puedo decir más cosas aún. Hubo un caso en este mismo pueblo, cuando tú acababas de nacer. Un leñador que se llamaba Thomas encontró una niña en su hogar y se la quedó aconsejado por su esposa, que creía que era un hada. Y tenía miedo de lo que le pudiera ocurrir si no se la quedaba. Las hadas de los brezales no son hadas buenas sino muy fieras.

La niña creció y maduró, y se puso colorada como una manzana. Los padres cayeron enfermos, empeoraron y por fin murieron. La chica se quedó sola en la casa. La piel se le volvió más blanca que la cal. Y le creció barba igual que a un hombre, y además de color verde. Se pasaba todo el tiempo comiendo o sentada delante de un espejo mirándose y llorando. ¿Y sabes lo que era? Una mandrágora. Tuviémos que matarla. La quemamos en la hoguera.

Stephen sofocó un estremecimiento y dio a su rostro una expresión de burla.

—Ahora, cuando tenemos dudas, las sometemos a una prueba. Las pinchamos en un brazo o una pierna hasta que sangran. Si tienen la sangre espesa como resina, o de un tono más verdoso que rojo, les cortamos la cabeza y troceamos el resto. Es el mejor afrodisíaco del mundo. Lo dicen las Escrituras. Esta mañana he visto aquí en la feria a una de ellas, cortada en pedazos y secada al sol.

—Y hay otra que no ha muerto —dijo Rachel.

Era la clase de mujer que Michael se merecía por esposa: una mujer a la que le gustaban más las zarzas que las rosas.

—Rebecca se pasa casi todo el día con mi pequeña Sarah —añadió— y parece el doble de rolliza que ella. Y Sarah se encuentra tan mal que hoy la hemos tenido que dejar en casa.

—Hay que poner a prueba a la niña —dijo Michael.

Blandió una hoja sarracena que más parecía una cimitarra que un cuchillo y cuya empuñadura estaba adornada con una media luna. La discusión había atraído a su alrededor toda una muchedumbre curiosa. Un cerdo cojo gruñía continuamente tratando en vano de llamar la atención. Y sólo los perros mestizos se fijaban en los magníficos quesos redondos expuestos allí al lado por un mercader.

—¿Dice que es una mandrágora?

—Desde luego. Tan cierto como que Dios echó a Lucifer del Cielo a patadas.

—Hay que quemarla.

—Mejor partirla en pedazos, zoquete. Los afrodisíacos que podrías sacar te darían más dinero que el que hace falta para pagar el rescate de Ricardo Corazón de León.

La muchedumbre miraba a la niña, escuchaba, señalaba y hacía ademanes, llamaba a los amigos y repetía la causa de la disputa.

Stephen no era un orador, pero tampoco era un cobarde:

—Como os atreváis a cortar a la chica en pedazos lo pasaréis peor que si cayerais en manos de los sarracenos.

Michael miraba ceñuda e interrogantemente al joven que le desafiaba. No podía apartar los ojos del oro que coronaba su cabeza como un halo ni de su estatura y su peso, que le asemejaban al ángel que vio Jacob.

—Mirad quién habla. El mayor conquistador del pueblo. ¿Qué, esperas a que Rebecca crezca lo suficiente para llevártela al pajar?

Stephen le agarró por el cuello de su zamarra y lo levantó del suelo, sosteniéndole en vilo mientras le decía:

—Cuando crezca lo suficiente se casará con un caballero y yo estaré en Jerusalén. Pero de momento estoy aquí, y vos no.

En lugar de soltar al hombre, le arrojó con todo su peso y sus verrugas de cara al suelo mientras el gentío se apartaba algo atemorizado. Pero en seguida sonaron unas risas asustadas que recordaban el graznar de una bandada de cuervos al lanzarse al asalto de un campo de cebada.

—Ven aquí, Rebecca —sonrió Stephen—... Este viejo trago malvado no volverá a molestarte.

Rebecca estaba más acostumbrada a las caricias que a las maldiciones. Tenía cuatro años, una maravillosa cabellera de un tono rojo y unos labios de color de capullo de rosa, y corrió a los brazos de Stephen.

—¿Vamos a jugar a la gallina ciega? —preguntó.

—En todo caso luego —dijo agradecido el padre de la niña—. Primero compra lo que hayas venido a comprar y luego comerás con nosotros. Bueno, si es que te gusta lo que traemos en nuestro cesto.

—Pero ¿tendrán suficiente? —dijo Stephen, que había pensado que con aquella invitación podría ahorrar unos céntimos para comprar nardo.

—Siempre hay bastante para un amigo. Y ahora, ¿qué necesitas? ¿Nardo? Tengo un amigo en el que puedes confiar...

—¿Comeremos fuera de las murallas? —preguntó Lean, una mujer de elocuentes silencios.

En su opinión las palabras sólo debían utilizarse con alguna finalidad precisa, y nunca como pasatiempo—. Rebecca se está poniendo nerviosa con toda esta gente.

El cerdo cojo acababa de inspirar unas rimas que no puedo repetir aquí a un trovador errante. Un espejo de cristal, rareza traída de Tierra Santa, había captado la atención de un enjambre de mujeres acostumbradas a los de bronce.

—Creo que será lo mejor. Aunque no sea frecuente, por una vez nuestro señor está en paz con sus vecinos. Las mandrágoras no se acercan al castillo. Y los lobos sólo vienen de noche.

Más allá de los muros, más allá del foso que se había convertido en un pozo de barro, extendieron sus sencillas provisiones en un campo de narcisos. Claro que a Stephen aquello no le pareció una comida sencilla, sino todo un banquete. Una tarta con una corteza ambarina, un queso de leche de oveja, un pan de jengibre untado con miel, y un barrilito de espumosa cerveza.

—Y ahora la siesta —dijo Timothy—. Como decía Ricardo después de cada botella, «Buena carne para comer, y un buen sueño después».

¡Un lujo después de otro! Una feria, un festín y una siesta. Stephen apoyó su cabeza en una pequeña elevación del terreno sembrada de narcisos, y sus ensoñaciones se convirtieron en parte de su sueño. Era un rey sajón como su tatarabuelo, en lugar de un villano sajón sometido a un señor normando, y combatía contra las mandrágoras y rescataba a una núbil princesa. Luego, como los hombres que a veces prefieren la compañía de los de su mismo sexo, reunió a sus camaradas y a sus perros, formó un ejército y marchó hacia Jerusalén.

Lo más curioso fue que le despertó un beso. Rebecca estaba arrodillada a su lado y apretaba sus labios contra su mejilla.

—Gran Stephen, ¿siempre me cuidarás?

—Siempre —le prometió él. Nunca se sentía capaz de negarle un favor a un niño o a una chica guapa; ni tampoco a un perro o a un amigo—. Ahora tendré que levantarme y regresar a casa. Es toda una caminata, Rebecca. Deja que ellos duerman, estaban muy cansados.

Se sentó haciendo un terrible esfuerzo; trató de levantarse. Una extraordinaria lasitud invadía su pesado cuerpo, como si estuviera convaleciente de unas fiebres. Se tocó la

mejilla con una mano y recordó una historia popular que le reveló uno de sus amigos, uno que había viajado a Londres con un grupo de caballeros y habría regresado convertido, al menos para Stephen, en un hombre de mundo:

—Solamente los vampiros de Hungría atraviesan la piel. Las mandrágoras son mucho más sutiles. Te chupan la sangre a través de los poros y a veces parece que en lugar de vampirizarte quieran darte solamente un beso. Esto es, claro está, lo que hacen las hijas de las mandrágoras que se introducen en nuestras familias. Como debes saber, los varones viven en el bosque, y en lugar de sorberte la sangre, te devoran.

—Stephen —dijo Rebecca—, cuando estoy contigo no tengo miedo.

Hasta las mismas rosas debían envidiarle sus labios; su voz sonaba como el tintineo de unas campanillas colgadas de un manzano y agitadas por la brisa.

—No puedes levantarte, ¿verdad? —le dijo Michael—. ¿Todavía crees que no tendríamos que someterla a la prueba?

—¿Qué... qué quiere de decir? —dijo con mucho esfuerzo Stephen, pues su lengua se negaba a obedecer sus deseos.

La feria había empezado a dispersarse y el sol estaba a punto de ser tragado por los robles y los sicómoros, verdes y augustos recordatorios de que Inglaterra era un gran reino pero seguía siendo una enorme selva. La gente pasaba a su lado lanzándole miradas de curiosidad. Había mujeres que se cubrían la cabeza con la capucha de su capa, hombres con zamarras hasta la rodilla y altas calzas; mujeres incoloras, envejecidas antes de tiempo; hombres que caminaban arrastrando los pies, pacientes en su pobreza.

—Mirad —les decía Michael a los que pasaban—. Ahí tenéis lo que queda del fuerte Stephen. Ahora mismo podrías derribar a un oso, ¿verdad, chico?